



El autor habla de su última novela, "Bajo amor en alta mar" Ed. FF

El megaevento de Gudiño Kiefer: propone quema pública de libros

La Época
Santiago

Eduardo Gudiño Kiefer es uno de los escritores más prolíficos y exitosos de la escena argentina. Al publicar su primera novela, *Para comerte mejor* (1988), sigue sumando nuevas ediciones.

La aparición de *Bajo amor en alta mar*, su última novela, fue la ocasión para una entrevista de la revista uruguaya *La Muga*, en la que Gudiño Kiefer, cuenta de su labor, despotrica contra los críticos y deplora el fenómeno de la decreciente lectura en su país proponiendo soluciones descabelladas como, por ejemplo, organizar una quema pública de libros para que los jóvenes se interesen por la literatura.

—Usted siempre se divirtió con la escritura, desde su primera novela, *Para comerte mejor*, hasta este último *Bajo amor en alta mar*. ¿Cree que hay alguna diferencia entre su postura ante la literatura y la de otros escritores?

—Creo que es la misma que hay entre los diferentes seres humanos. Yo soy un tipo optimista y me gusta muchísimo escribir y leer. No puedo adoptar una actitud sabañana, de decir que sufre cuando escribo. Me hace feliz escribir y me permite muchas cosas. En cuanto a la diferencia con los demás: hay una idea vieja e inútil que dice que el libro es una cosa sagrada y que no se debe tirar un libro aunque sea una mierda. Yo sé que los libros sagrados son solo aquellos que ciertas religiones respetan. Y son sagrados solo porque los respetan las religiones, no porque sean sagrados en sí mismos. La Biblia no la escribió Dios, ni El Corán lo escribió Mahoma. Son obras de hombres, pero parece que si el escritor no es serio, dramático y hasta un poco trágico, no se justifica como escritor. Se podrían oponer a esa teoría los nombres de tipos como Jules Renard, Bernard Shaw y Oscar Wilde, que evidentemente disfrutaban escribiendo y se divertían muchísimo al hacerlo.

—Ya que habla de libros sagrados, existe en la literatura argentina la sacralización de libros que se leen solo porque su lectura es obligatoria?

—Si yo fuera un escritor aburrido, de esos otros que mencionaba, diría: "Naturalmente, el *Martin Fierro*". Y, por supuesto, estaría mintiéndome. Pero como no lo soy, creo que no hay un solo libro sagrado dentro de la literatura argentina. Con seguridad que va a haberlo, ya que cada vez se leen menos. Se va a llegar a un grado de sacralización terrible salvo que nuestro actual secretario de Cultura, Pachó O'Donnell, acepte la idea que le formulé hace poco.

¿Cuál es esa idea?

—Que en vez de los megas-

pectáculos musicales, haga un espectáculo literario en cualquier estadio deportivo que consista, luego de la prohibición de consumir todo tipo de libros, en una gran quema de ejemplares. Quizás así algún pibe, sabiendo que existe una prohibición sobre la literatura, va a rescatar de las llamas algún libro. Va a haber poca oferta y mucha demanda. Ahora, por el contrario, hay mucha oferta y poca demanda. Esa gran quema de libros dejaría muy bien parado a O'Donnell.

—Aun a riesgo de que esta actitud se parezca a ciertas prácticas militares...

No, no. Esta vez serían civiles, por el bien del pueblo y de la literatura. Imaginemos que se recupera de entre las llamas un ejemplar de *El Rancho Solitario*. Ese libro pasaría a ser sagrado. Esto puede parecer joder un poco, pero es la única manera de tomar la literatura en serio. Por mi carácter, por mi temperamento, esa es la forma de expresarme. Es muy fácil hablar seriamente si se entra por la superficie, pero para zambullirse en una piletta hay que romper la superficie para alcanzar el fondo. Allí está, entonces, el humor, la gracia, la *bontade*, hasta el exabrupto. Con esos elementos se descubre la crítica y se comienzan a tratar las cosas con más profundidad.

—Un tratamiento contrario al que aplican quienes teorizan sobre literatura...

—Totalmente. En nuestra crítica hay demasiados pontificios y ningún pontonero. Hay gente que se jacta de hacer crítica literaria en los diarios. Eso no existe, en los medios solo se comentan los libros. Y es lo que

parte, si se lee poca literatura, cómo se puede pretender que la gente lea las críticas. Hay también quienes pretenden teorizar desde la misma literatura de ficción. Con ellos no polemizo porque no se dignan a hacerlo con

Con su humor característico el novelista, como solución a la crisis de lectura, propone al ministro de Cultura "que en vez de los megaspectáculos musicales, haga un espectáculo literario en cualquier estadio deportivo que consista, luego de la prohibición de consumir todo tipo de libros, en una gran quema de ejemplares".

se debe hacer porque, con esos comentarios, el lector del diario puede definir su gusto. Ese lector no busca la crítica teórica sino el de qué se trata un título específico. Lo mismo ocurre con el cine, con el teatro, la música. Por otra

migo. Los respeto muchísimo, pero no puedo llegar ni a la quinta página de sus libros. Me parece que son escritores que logran entretener aburriendo. Esto, dicho sin ninguna frivolidad, significa que lector no atrapado es

autor no leído. Sólo puedo leerlos si tengo que hacer una reseña bibliográfica, pero como trabajo, no como un goce de la lectura.

—¿Qué prefiere como autor, que la crítica de un libro suyo la haga un periodista o un escritor?

—Prefiero el periodista, ya que él trabajará sin recelo, sin recatamientos ni envidias.

—Cómo hace en su caso para evitar los recelos y las envidias al comentar un libro de otro?

—No los puedo evi-

tur. Sólo los disminuyo. Usted escribió cuentos, novelas y ensayos. ¿En qué género se siente más cómodo?

—En la novela, ya que ella me permite un espacio literario que no me brinda el cuento. Nunca se

el final de lo que empieza a escribir, por eso me divertí, ya que voy creando pendiente de lo que ocurre. Como la novela lleva más tiempo me gusta más terminarla. Allí pongo toda mi capacidad lúdica. Pero hay veces que el cuento también me regocija. Ahora estoy encandilado con una idea de un cuento que funcionará como una guía turística de fantasmas inventados de Buenos Aires.

La parte sólida o sería del asunto está en la lectura previa a la escritura.

—Eso parece haber ocurrido con *Bajo amor en alta mar*...

—Sí. La escribí en cuatro o cinco meses después de haber terminado un libro que me llevó seis años y todavía no salió por esas cuestiones de política editorial. Para *Bajo amor*... Plaqueta, con un sólido criterio empresarial, me dio todo el material de investigación: caracterología, psicología, anécdotas del personaje Troisi (que existió en realidad) y un enorme arsenal periodístico sobre el caso. Con ese personaje como ancla a la realidad y el archivo periodístico que trae, entre otras cosas, a una pareja sospechosa, a una bellísima griega que desaparece en Barcelona y a un travesti, había una bandeja servida como para componer una novela.

—¿Y ese libro anterior que aún no salió?

—Cuando publiqué el último libro en 1988, tuve un viaje a Grecia. Quédese fascinado con lo que vi. Limpecé a escribir sobre Creta en la época minoica, 1.500 años antes de Cristo. Tenía una sola intención: obviar a Tesco, a Arduini y al Miansturo, todo eso que ya está demasiado contado. Tenía toda la iconografía, los frescos, la alfarería, pero de historia, nada. Entonces empecé a leer historia comparada. De hecho, la historia de *El príncipe de los libros*, como se llamará el libro cuando salga en agosto, me llevó de noviembre de 1988 hasta marzo de 1994. Aprendí cosas impresionantes. Por ejemplo, que 1.500 años antes de Cristo

ya se usaban los condones. Por supuesto que con un pretexto mitológico: la diosa Hera, esposa de Zeus, advirtió a dioses y mortales (y también a animales, ya que Zeus se volteaba cualquier cosa) que su marido ejaculaba escorpiones y salamandras. Entonces, las mujeres usaban vejigas de cabra como preservativos. Un poco duros, podrían decir, pero efectivos.

—¿Es esa seriedad en cuanto al estudio previo del tema a novelar lo que le permite la diversión en la escritura?

—Sí, pero también me divierte mucho el estudio previo. Disfruto la lectura tanto como la escritura. Tengo que estar feliz en ambos momentos. Si uno se pone a escribir en momentos de desdicha, ¿quién quiere escuchar las penas ajenas? Eso debe usarse sólo para ganarse el Premio Nobel.



Eduardo Gudiño Kiefer en una fotografía de archivo durante una visita a Santiago en 1992.

El megaevento de Gudiño Kieffer: propone quema pública de libros. [entrevista] [artículo]:

AUTORÍA

Gudiño Kieffer, Eduardo, 1935-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1995

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El megaevento de Gudiño Kieffer: propone quema pública de libros. [entrevista] [artículo] :

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile